

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Fútbol y clases populares en Brasil [Football and popular classes in Brazil]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Leite Lopes, J. Sérgio
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-11 05:50:46
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219388

Nueva Sociedad Nro. 154 Marzo-Abril 1998, pp. 124-146

Fútbol y clases populares en Brasil. Color, clase e identidad a través del deporte

J. Sérgio Leite Lopes: historiador brasileño, doctorando de la Universidad de la Sorbona, París.

Palabras clave: identidad nacional, fútbol, racismo, Brasil.

Resumen:

El paso del amateurismo al profesionalismo en el Brasil está relacionado con el abandono de la práctica futbolística aristocrática y su apropiación por parte de las clases populares. Este cambio propicia el éxito de jugadores de los sectores populares en general, y de negros y mulatos en particular; sin embargo, no desaparecen las creencias racistas que asumen nuevas formas y se fortalecen con las derrotas internacionales. Incluso polémicas contemporáneas como «fútbol arte» versus «fútbol de resultados», poseen una tensión ideológica que remite a concepciones positivistas.

En este artículo pretendo analizar las contradicciones sociales entre las consecuencias de la práctica inicial del fútbol en Brasil, predominantemente aristocrática, y las potencialidades de apropiación de esa práctica por parte de grupos de las clases populares, lo que llevó del amateurismo al profesionalismo. Si este pasaje propicia un gran crecimiento en el ingreso y el éxito de jugadores de las clases populares en general, y de negros y mulatos en particular –pocos años después de la instauración del profesionalismo, los principales ídolos de proyección nacional del creciente público del fútbol son negros como Leônidas da Silva o Domingos da Guia–, sin embargo, no desaparecen del universo de este deporte las creencias y prácticas racistas más o menos disfrazadas que asumen nuevas formas y se fortalecen después de derrotas como las ocurridas en las copas mundiales de 1950 y 1954. Incluso cuando el fútbol brasileño vence en 1958 y 1962, invirtiendo provisoriamente los estereotipos racistas, apropiándose de atributos corporales hasta entonces estigmatizantes para transformarlos en el estilo brasileño consagrado en el mundo, con la derrota de 1966 muchos analistas y

técnicos de fútbol consideran que esa forma ya está superada frente al nuevo fútbol-fuerza europeo. Así también fue frecuente, en el periodo entre las copas de 1974 y 1994, la discusión entre fútbol-arte, ofensivo, y fútbol de resultados, defensivo; entre técnicos y dirigentes es muy poca la confianza en una reapropiación (para el contexto del fútbol actual) del estilo brasileño consolidado en las copas de 1958, 1962 y 1970.

Paralelamente, existe otra dimensión de estas contradicciones, la que se refiere a que el fútbol tuvo en Brasil una difusión extraordinaria desde fines de los años 10, produciéndose en la década siguiente la entrada de jugadores de las clases populares que preparó su profesionalización¹. En la defensa del profesionalismo y en el desarrollo después de su implementación se fue forjando un sentimiento de identidad nacional a través de este deporte, vinculado a la creación de un estilo propio que debía mucho a los jugadores de las clases populares, esos mismos a quienes, paradójicamente, en épocas de derrotismo o derrotas efectivas, se les desprecian sus cualidades, que inferiorizarían a la nación frente a las naciones europeas o los rivales sudamericanos –argentinos y uruguayos. Muchas veces tal desvalorización enfatiza la falta de disciplina física y táctica que condiciona la eficiencia en los resultados, incluso cuando se trata de un estilo de fútbol elegante.

Esta cuestión se relaciona también con el equilibrio entre diferentes grupos sociales en el interior del mundo del fútbol en constitución. De hecho, la difusión del fútbol y su construcción social como catalizador de una identidad nacional se debe no solo a la consolidación del ingreso de deportistas provenientes de las clases populares con el paso al profesionalismo, sino también a la construcción de nuevas posiciones técnicas en el mundo del fútbol, dando lugar a la incorporación de ex-deportistas con capital escolar y social más elevado o, incluso, de nuevos profesionales como preparadores físicos. Además, la aparición de otro tipo de especialización como el periodismo deportivo tiene una gran importancia en la constitución de un público crecientemente multclasista, donde el ingreso de los sectores populares no implica el retiro y el abandono de las elites y clases medias. Al contrario, la actuación de un pequeño número de mediadores, como periodistas y escritores, en conflicto con un conjunto de argumentos autodespreciativos provenientes de las tradiciones eruditas higienistas y racistas aplicadas al fútbol, muestra cómo el interés y la especificidad de la excelencia del fútbol brasileño reside en la generalización nacional de técnicas corporales originarias de los sectores fundamentalmente negros y mestizos de las clases trabajadoras.

¹ la tesis de doctorado de Leonardo Pereira sobre las tres primeras décadas del fútbol en Brasil, História Social, Unicamp, 1998.

Pero antes que podamos focalizar la atención en esta formación multclasista de un sentimiento nacional a través del fútbol, es necesario detenerse en los orígenes de elite del fútbol brasileño, es decir, ver el otro lado de la medalla que representa la constitución de un fútbol popular a través de los clubes de fábrica y empresa, así como de las tensiones por la entrada masiva de grupos sociales populares situados al margen del poder en las diferentes esferas y dominios sociales en el interior de Brasil.

El fútbol de las elites brasileñas

El modelo inglés inicial de rápida popularización y profesionalización fue seguido poco después por varios países, entre los que sobresale Brasil; sin embargo, la imitación no es inmediata, solo se deja sentir al cabo de aproximadamente medio siglo. El trasplante del fútbol inglés a otros países se da a través de las elites locales: en el mismo momento cuando se logra la popularización y profesionalización en Inglaterra, las elites proporcionan los medios para la difusión en el exterior. La apropiación futbolística de las elites locales se produce a) con la frecuentación y convivencia en las escuelas inglesas de elite (o en escuelas europeas donde el fútbol ya estaba difundido, como en Suiza); b) a través del acceso a la práctica deportiva organizada por las empresas inglesas en el exterior, o incluso en empresas de capitales locales donde la presencia de técnicos ingleses promueve el pasatiempo entre los funcionarios de la empresa; c) a través de la convivencia inglesa en los clubes, originariamente de elite, ya sea aquellos dedicados a otros deportes como el remo, el cricket o el atletismo y que después adhieren a la práctica del fútbol, sea aquellos fundados expresamente como clubes de fútbol. De este origen de elite –donde se destaca la pertenencia a una comunidad de alumnos o ex-alumnos de escuelas o facultades de prestigio– a la posterior popularización, se da un proceso de difusión que tiene especificidades históricas locales, de país en país (cf. por ej. Wahl; Filho, 1964; Rosenfeld).

Si el fútbol sigue un curso popularizante en Gran Bretaña con la disputa de la copa de Inglaterra y con la aceptación del profesionalismo en el interior de las fronteras nacionales, la internacionalización del fútbol, en sus comienzos, sigue la red de contactos que las relaciones previas y espontáneas de las elites locales con los sujetos e instituciones de elite inglesas generan de forma indirecta. Ese fue el caso del comienzo de la difusión del fútbol en Brasil, ya que se registran partidos jugados por primera vez por marineros ingleses (testimonios materiales del grado de popularización de ese deporte en su país de origen), o incluso juegos esporádicos entre funcionarios de firmas inglesas; sin embargo, fueron los partidos jugados como resultado del esfuerzo misionero, de convencimiento, de la colonia local de ingleses y luego de los jóvenes de elite brasileños por parte de ex-estudiantes en Inglaterra, Suiza o Alemania,

residentes en Brasil, de vuelta en el país, los que fructificaron en la creación de equipos permanentes en clubes preexistentes o en la fundación de clubes de fútbol. Se destacan por esas iniciativas un hijo de inglés y brasileña, Charles Miller, ex-estudiante en Southampton, que trajera en su equipaje de regreso a San Pablo en 1894 dos pelotas de cuero y un uniforme de fútbol completo; el hijo de ingleses establecidos en Río de Janeiro por dos generaciones, Oscar Cox, en 1897, de vuelta de Lausana donde jugaba fútbol en el colegio; o incluso Hans Nobiling, que llegó a Brasil desde Hamburgo también ese año y fue miembro del club Germânia de esa ciudad. Miller ganó a los asociados del club de cricket São Paulo Athletic Club para la práctica del fútbol y se lo considera introductor del deporte en Brasil, habiendo alcanzado notoriedad como jugador en San Pablo; a Cox le llevó tres años formar un equipo de brasileños en la Rio Cricket Athletic Association que había sido fundada por su padre, y después ayudó a fundar el Fluminense Football Club en Río de Janeiro en 1902, el primer club de fútbol de Brasil; Nobiling fundó el club Germânia en San Pablo y convocó a altos funcionarios del comercio de esa ciudad para que jugaran contra equipos de ingleses que surgían en clubes y facultades. Aunque algunas iniciativas para practicar fútbol viniesen del interior de las empresas, sus altos funcionarios terminaban reuniéndose en clubes para estar entre pares.

De este modo, muchos de los grandes clubes de fútbol reproducían en el campo de juego y en la platea una extracción que reunía a familias de las elites de Río y de San Pablo. Los clubes eran un lugar de sociabilidad urbana donde se prolongaban, a través de actividades físicas y deportivas o de la asistencia como público, los salones y saraos que convocaban a las familias dominantes de los sobrados del comienzo del siglo en esas ciudades. Además del cricket jugado por los ingleses, los clubes hasta la década de 1920 se organizaban en torno de la práctica masculina del remo. Eran las competencias de remo las que atraían a la gente de la ciudad hacia las playas y costas de la bahía de Guanabara, así como la atención prioritaria de la naciente prensa deportiva. Un club de regatas como el Flamengo, que a fines de los 30 se volvió el club más popular de fútbol de Brasil, se negó a tener un equipo de fútbol a principios de siglo y luego resistió la incorporación de un equipo disidente del Fluminense en los años posteriores a 1912. Los aficionados al *rowing* pensaban que el fútbol era un deporte poco masculino con sus correrías y «saltitos». Sin embargo, un club como el Fluminense Football Club se volvió, progresivamente, el referente de las elites cariocas atrayendo a un público elegante a su estadio tanto de hombres de terno, corbata y sombrero como de muchachas y mujeres elegantes, con sombreros de flores, demostrando, por el vestuario, su pertenencia a las buenas familias. El uso de la cinta con los colores del equipo alrededor del sombrero de los hombres, importada de Inglaterra, mostraba, a través del detalle discreto, la pertenencia codificada y selecta de los seguidores del club (cf. Filho,

1964, cap.1). También el grito de las plateas cuando entraba el equipo al campo, *hip, hip, hurrah!*, interjección inglesa, así como la presentación solemne del equipo frente a la hinchada y en especial frente a las muchachas, eran otras marcas de refinamiento dadas tanto por los detalles de la importación de las metrópolis mundiales, como por la igualdad de pertenencia social entre jugadores y público. Tal pertenencia común se manifestaba en la visita de los jugadores a las plateas durante el descanso, y en el encuentro posterior al partido con sus familias o allegados.

Los jugadores frecuentaban también los bailes del club: el hecho de practicar fútbol regularmente era una de las varias características del modo de vida de elite. Algunos planteles estaban compuestos por estudiantes universitarios, con acceso a las facultades de derecho, medicina e ingeniería que eran, en particular las dos primeras, una forma de reconversión por la vía escolar de la aristocracia rural declinante, o de reproducción ampliada de las nuevas elites urbanas ya escolarizadas. Así, si el primer equipo del Fluminense estaba compuesto por jóvenes empresarios, empleados de jerarquía de las industrias o de las grandes casas comerciales, e incluso por rentistas, hijos de padres ricos y educados en Europa, al comienzo de la década de 1910 ya tuvo que incorporar preferentemente estudiantes universitarios frente a la competencia impuesta por la mayor juventud y disponibilidad de tiempo de los estudiantes que componían los equipos rivales que estaban logrando éxito. El equipo del Botafogo Futebol y Regatas, formado en sus comienzos por estudiantes secundarios que admiraban a los adultos del Fluminense, estaba obteniendo éxito con una generación ya universitaria; el América Futebol Clube de la zona norte de la ciudad también estaba compuesto por universitarios, en tanto que el equipo del Flamengo era casi todo de estudiantes de medicina.

De este modo, los jóvenes que practicaban fútbol provenientes de la elite de la sociedad de Río de Janeiro a comienzos del siglo XX eran universitarios del fútbol en comparación con los jóvenes de las clases populares, en la metáfora de Mário Filho. Aunque el equipo necesario para la práctica no fuese comparativamente sofisticado o restrictivo en aquel momento, la pelota de cuero tenía que ser importada de Inglaterra, así como los arcos. El campo con césped también era atributo de gente de alta posición económica. Pero los sustitutos populares para la práctica recreativa imitativa no eran costosos: pelotas hechas con medias eran útiles en los partidos disputados en terrenos baldíos de tierra, con jugadores descalzos y arcos fácilmente improvisados con una diversidad de materiales. Niños y jóvenes de las clases populares tenían oportunidad de ver los juegos de fútbol disputados por los grandes equipos de elite –en los barrios frecuentados por esta elite– recogiendo las pelotas pero también como público de las generales (donde la gente asistía de pie, a

ras del piso, en los lugares más baratos de los estadios) dentro de la lógica de seducción de hinchadas en los partidos decisivos. Podían acompañar sin restricciones de entrada al equipo del Flamengo, que se separó del Fluminense en 1911 y durante los años siguientes al carecer de campo propio, practicaba en un parque atrayendo un gran público de sectores populares. Pero también se podían ver juegos en los suburbios y barrios populares: cada vez más fábricas y empresas promovían el fútbol como pasatiempo e integración entre empleados y obreros.

El fútbol de fábricas y villas obreras

En 1904 se fundó el Bangú Athletic Club para que jefes y empleados ingleses de una fábrica textil del suburbio carioca de Bangú –la Companhia Progresso Industrial– practicasen fútbol². Allí, al contrario de otros clubes de Río en los que el núcleo inicial de ingleses convocaba a otros ingleses para completar el plantel, el aislamiento geográfico de Bangú impuso la incorporación no solamente de jefes y empleados extranjeros y brasileños, sino también de obreros. Los primeros equipos del Bangú contaban con 1 o 2 brasileños entre 5 ingleses, 3 italianos y 2 portugueses. El número de jugadores brasileños y obreros fue creciendo: éstos pasaban más tiempo en la empresa y permitían la continuidad del fútbol cuando los jefes se trasladaban. Con los obreros, en el equipo fue aumentando también el número de jugadores negros y mulatos. En el estadio de Bangú no había distinción entre generales y plateas, y la comunidad de obreros, familiares y demás habitantes del barrio fue constituyendo un público popular. El público suburbano fue aumentando en la medida en que el Bangú se incorporó a la liga de fútbol de Río y, por tanto, a la primera división del campeonato carioca. En poco tiempo el plantel del Bangú se haría más conocido que la fábrica, haciendo para ésta un *marketing* positivo.

Con el Bangú se inicia la figura del obrero-jugador; el operario que se destaca menos por su trabajo fabril que por su desempeño en el equipo de la empresa. Por eso se justificaban sus privilegios relativos: facilidad de horario, tareas más leves como por ejemplo la «sala del paño» (donde se hacía el control de calidad del tejido y se atribuía la producción a cada obrero). Si desde el comienzo el fútbol se introduce por iniciativa de los ingleses para su goce y sociabilidad, luego la empresa percibe –pues estaba al tanto de otras compañías en Europa que promovían el fútbol como estímulo a los trabajadores, aumentando su sentido de pertenencia (cf. Rosenfeld, p. 82)– que aquel deporte encajaba bien en las actividades y en el empleo del tiempo libre en el barrio obrero de la fábrica.

² La denominación Bangú provendría de bangüê, ingenio bangüê, denominación de la fábrica rural donde se producía azúcar (cf. Oliveira). Ese nombre es significativo de la homonimia entre las *company-towns* aisladas y las características del trabajo en los ingenios y usinas de azúcar.

Los dirigentes de la fábrica de Bangú luego descubrirían aquello que al difundirse provocaría una de las vertientes de la popularización del fútbol entre las diferentes clases sociales en Brasil, como ya sucedía en otros lugares de Europa y de América del Sur: la adopción del fútbol como técnica pedagógica y disciplinaria institucional, inventada en los internados de las escuelas de elite inglesas pero aplicables al disciplinamiento de los jóvenes de las clases populares por diversas instituciones de encuadramiento moral y simbólico de esas clases (cf. Bourdieu). Así, no solo las escuelas –dirigidas a las elites en un país de baja escolarización–, sino principalmente las empresas hacen de la difusión de la práctica y del acceso al fútbol entre las clases populares algo más directo.

Distintas fábricas estimulan la práctica entre sus empleados y obreros, en particular las textiles, que se crean en gran número en las tres primeras décadas del siglo y que tendrán a la fábrica y el plantel de Bangú como referencia. Entre esas fábricas se destacan las que tienen barrios obreros, *company towns*, para los cuales el fútbol encuadra bien entre las actividades recreativas compatibles con el mantenimiento de la disciplina³.

Otro club textil además del Bangú participaba del campeonato carioca de primera división, el Andaraí, situado en el barrio del mismo nombre en la zona norte de Río. Pero el Bangú incluso se mantuvo después del pasaje al profesionalismo y se tornó, retrospectivamente, más importante. En su contexto de *company town* aislada, la fábrica Bangú formaba su equipo a partir de planteles infantiles y juveniles como el Esperança, por el que pasaron grandes jugadores como Domingos da Guia; los jóvenes que se destacaban en estos equipos podían tener la esperanza de ser contratados como obreros-jugadores y se aseguraban así un empleo estable que les daba seguridad por un periodo mayor al que otorgaba la práctica del fútbol competitivo. Por otro lado, el Bangú (también el Andaraí) permitía que jugadores de las clases populares, blancos pobres, mulatos y negros, midiesen fuerzas y habilidades con los jugadores de los grandes clubes de elite, oportunidad de la que carecían los pequeños planteles suburbanos propagados en torno de las principales ciudades, iniciativas

³ Por ejemplo, en 1908 los ingleses con cargos jerárquicos en la compañía América Fabril, fundaron el Sport Club Pau Grande en la localidad rural del mismo nombre, a 90 km de Río de Janeiro. Importaron pelotas, acondicionaron el campo de juego y dieron acceso a empleados y obreros en los equipos y enseñaron las reglas que seguían los grandes clubes. Cuarenta años después, el equipo se destacaba en los campeonatos entre planteles de fábricas textiles en la región de Petrópolis y vencía también a los equipos de empresas de Río que iban a jugar allá. Y era más visible que los establecimientos de la misma compañía dentro de la ciudad de Río, donde también se jugaba al fútbol. Uno de los jugadores del Pau Grande, que entonces ya mostraba lo que el público apreciaría más tarde como su estilo, sería campeón del mundo 10 años después, en 1958: Garrincha.

en el interior de empresas o iniciativas de pequeños grupos de vecinos, más o menos ayudados por instituciones locales. Pero si el Bangú se volvía temible cuando jugaba en su propio campo apoyado por su hinchada, no era un verdadero rival para ganar en el campeonato de la ciudad: el tiempo disponible, los recursos, el mayor conocimiento de las tácticas y entrenamientos difundidos desde Europa o desde Argentina y Uruguay, daban a los amateurs de la elite de los grandes clubes una ventaja muy superior comparada con los recursos a disposición de los obreros-jugadores que, aunque en secciones de trabajo más leve, tenían sin embargo que subordinar el fútbol a las necesidades de la producción fabril.

Las tensiones sociales del amateurismo

El predominio de los clubes de elite, reflejado en los campeonatos logrados en Río, solo se rompió en 1923 cuando el Club de Regatas Vasco da Gama, de la numerosa colonia de inmigrantes portugueses, compitió por primera vez en el certamen de primera división y salió campeón. El secreto del Vasco, ganador en la segunda división en 1922, era que reclutaba a los mejores jugadores del suburbio, fuesen blancos, negros o mulatos, y se encargaba de mantenerlos en un régimen de cuasi internado costeados por el club, estando los jugadores disponibles a tiempo completo (cf. Filho, 1964, cap. 2). Este equipo fue una señal de la creciente popularización del deporte –con gran difusión grande en los barrios populares y con un público que crecía aceleradamente– permitiendo el proceso de aburguesamiento y proletarización simultáneos que ya se había dado, de forma similar, en Inglaterra. En efecto, a diferencia de los clubes aristocráticos que dominaban la primera división, el Vasco da Gama no contaba con deportistas de la misma extracción social que sus socios. Una posible explicación consiste en el escaso tiempo de una juventud de origen inmigrante ocupada con el aprendizaje o la operación de los negocios de la pequeña y media burguesía de la colonia, con un modo de reproducción familiar que excluía la escolarización prolongada –vía escuela secundaria de elite y universidad. Ese modo de vida dedicado al trabajo y la gestión de los negocios familiares era diferente al de los hijos de la aristocracia, cuyo modelo era la educación de elite europea, donde la escolaridad prolongada y la práctica deportiva significan no solo un periodo transitorio previo al trabajo y a la gestión intensa de los negocios, sino también un proceso de preparación para la dominación económica y política en sus niveles más altos. El carácter artesanal del desarrollo de los jóvenes de las familias burguesas y pequeño burguesas de la colonia portuguesa los lleva a jugar, como mucho, un fútbol improvisado y ocasional en vecindarios que incluyen a jóvenes de las clases populares. La competitividad del Vasco da Gama dependía de una eventual «proletarización» del deporte, a través del reclutamiento de los mejores jugadores suburbanos, y de un simultáneo

«aburguesamiento» y monetarización del fútbol, con la manutención de los jugadores sin recursos económicos propios en semi internados con alimentación, ayuda material y entrenamientos tanto o más intensos que los jugadores de los grandes clubes. El Vasco campeón de 1923 tenía jugadores blancos, negros y mulatos que ya componían un *scratch* de los suburbios, con un conductor de taxi en el arco, varios ex-obreros jugadores del Bangú y el Andaraí, y de otros planteles de divisiones inferiores.

Esta victoria del Vasco en el campeonato carioca vino a reforzar la ideología defensiva asumida por el amateurismo frente al ascenso a través del deporte de los grupos sociales dominados, como señala Dunning con respecto al proceso ocurrido anteriormente en Inglaterra. Con cualidades morales asociadas a la esencia del deporte moderno, que a su vez es visto como parte importante de un modo de vida característico y distintivo de grupos sociales que se autocalifican de selectos, los preceptos y prácticas del amateurismo se consolidan para excluir a los *outsiders*.

La reacción amateurista de los grandes clubes se articula enseguida: se crea una nueva liga de fútbol a la que el Vasco no es invitado por carecer de estadio propio. Frente a ello, la colonia portuguesa se organiza y construye el mayor estadio de la ciudad, para 50.000 personas, inaugurado en 1927; el del Fluminense no contaba con capacidad más que para 20.000 espectadores. Pero el gran proyecto del Vasco no era un exceso derivado de la discriminación sufrida: los rasgos del equipo, el crecimiento de la hinchada vascaína por la movilización de la colonia, así como la oposición de otras hinchadas adversarias, aumentaron notablemente la afluencia de público. Tanto es así que los clubes grandes aceptaron, por razones económicas, la incorporación del Vasco antes incluso de la finalización de su estadio.

Pero se tomaron otras medidas: la selección carioca que disputaría el campeonato brasileño de estados no incluiría ningún jugador del plantel campeón; la nueva liga creó asimismo una comisión especial para investigar los medios de subsistencia de los jugadores con el fin de verificar el grado de amateurismo. La esencia y los procedimientos de esta investigación llevaban implícitos distinciones y prejuicios de clase. Aparte de la manutención, el Vasco acostumbraba pagar el bicho⁴, una gratificación según el desempeño futbolístico, e incluso una «ayuda de costo» para el transporte. Este aporte a los deportistas, presuponiéndolos sin recursos propios, parecía incompatible con la idea de la calidad social de los jugadores en la imagen naturalizada que poseían los dirigentes y

⁴ El nombre de *bicho* para la gratificación otorgada a los jugadores, variable según los resultados alcanzados, alude a la cantidad de dinero, asociada al resultado de la lotería clandestina del *jogo do bicho*, donde cada número está vinculado a un animal. El lenguaje en clave de este juego se prestaba así para aludir a la práctica semiclandestina de la gratificación de deportistas amateurs.

atletas introductores del fútbol en Brasil, quienes al contrario costeaban sus uniformes deportivos, su tiempo disponible y también la indumentaria exigida en los viajes para jugar con planteles de otras ciudades o países: cuando se trasladaban a San Pablo, Montevideo o Buenos Aires los jugadores no olvidaban sus smokings, que se pondrían en los hoteles y recepciones.

Frente a la inminente investigación de la nueva liga sobre los medios de vida de los jugadores, los socios burgueses del Vasco se ofrecieron a darles empleos de fachada, generalmente en sus comercios, donde tendrían muchas más regalías que los obreros-jugadores de las fábricas. Estos, a su vez, eran bien aceptados por los dirigentes amateuristas, como si el encuadramiento moral dado por la fábrica y el hecho de que el obrero-jugador trabajara y se mantuviera como deportista –e indirectamente no tuviera tiempo suficiente para concurrir de igual a igual con los jugadores de los grandes clubes– fuesen razones legitimadoras –con el mérito suplementario de no excluir del todo del fútbol amateur a los pobres.

La nueva liga prohibió, por escrito, que atletas de algunas ocupaciones y profesiones como portuario, soldado, e incluso aquellas que recibían habitualmente propinas, como choferes de taxi o barberos, jugaran en primera división⁵. Otra medida fue que los jugadores debían saber leer y escribir correctamente: al entrar en el campo no solo debían firmar con su propio nombre sino también llenar rápido una «planilla de inscripción» con varios ítems. Ese test implícito de escolaridad es muy característico de la vía indirecta y eufemizada del ejercicio del prejuicio de clase y de color en Brasil. Al entrar en cada juego, bajo la supervisión de representantes de la liga, el atleta tenía que llenar el cuestionario donde se pedía el nombre completo, filiación, nacionalidad, lugar y fecha de nacimiento, lugar de estudio y de trabajo (cf. Caldas, p. 84). Ante esto, el Vasco da Gama y el São Cristóvão, otro club que reclutaba jugadores del suburbio, enviaron sus deportistas a cursos intensivos de alfabetización y refuerzo de la escuela primaria, organizados especialmente. Así los jugadores de origen popular –que por eso mismo tenían problemas de alfabetización– conseguían esquivar, con dificultad, la trampa en apariencias neutra de la escritura.

Además de esa iniciativa contra los deportistas de las clases populares, existen también otros episodios, indirectos y curiosos, más conocidos, de prejuicio racial. Tal es el caso del mito de origen de la apelación «polvo de arroz» a los socios y seguidores del Fluminense Futebol Clube, el club de fútbol más antiguo y de origen más aristocrático. El jugador mulato Carlos

⁵ La referencia a las profesiones asociadas a las propinas parece ser una advertencia indirecta sobre la existencia de gratificaciones semiclandestinas a los atletas amateurs, el *bicho*.

Alberto, hijo de un fotógrafo de formaciones universitarias, jugaba en el segundo plantel del América Futebol Clube, donde era amigo de muchos jugadores universitarios. En 1916 fue llamado por el plantel principal del Fluminense. Antes de entrar al campo, cuando los jugadores se apostaban frente al selecto público de las plateas para saludarlos, Carlos Alberto se pasaba polvo de arroz en el rostro para lograr una apariencia más clara. En un juego contra el América, el sector de la hinchada que estaba apostado en los lugares más baratos del estadio no perdona a su ex-atleta y grita: *¡polvo de arroz!* Como Carlos Alberto se hacía el indiferente –aunque royéndose por dentro– aquella provocación dirigida a él, consigna de afectación y de emblanquecimiento, acabarían designando no solo a todo el equipo, sino al propio club aristocrático. Este episodio, ocurrido en la segunda década del siglo, sería popularizado todavía más en las crónicas del periodista Mário Filho en los años 30 para estimular la rivalidad entre las hinchadas y atraer más público al joven fútbol profesional. Entonces, cuando el Flamengo se estaba volviendo el club más popular de la ciudad a fines de los años 30, los seguidores del Fluminense contraatacaban designando a los del Flamengo *polvo de carbón* (cf. Rodrigues Filho, 1987, pp. 57-62). Lanzadas en ese momento –y hasta hoy– como ofensas opuestas, ambas hinchadas acabaron asumiendo las acusaciones como autodesignativas.

Este episodio, de aspectos míticos, muestra bien la interiorización por parte de mulatos y negros de su situación de inferioridad social –como lo había hecho Carlos Alberto–, así como el efecto jocoso y el desenlace conciliador que habla de la ambigüedad de los estereotipos y prejuicios raciales en Brasil⁶. Lo mismo vale para el caso de los jugadores negros de la selección brasileña que fue a Montevideo en 1923, con varios jugadores pretos y mulatos, cuando durante la cena formal en el barco un jugador blanco del Fluminense fingió beber la lavanda colocada en la mesa para enjuagarse los dedos luego de la comida: los jugadores de origen popular que nunca habían visto aquello trataron luego de beber la lavanda, broma que terminó dando la razón a los dirigentes que eran favorables al veto de negros en delegaciones internacionales por razones de etiqueta (Filho, 1964, p. 152). De los hechos referidos por Mário Filho solo el episodio que involucró al jugador Manteiga presenta un caso explícito de prejuicio racial activo. En 1923 los dirigentes del América, movidos por la misma competencia que llevó al Vasco a formar su plantel con jugadores reclutados en las clases populares, buscaban más tímidamente jugadores en el área portuaria de Río. Traen entonces a un jugador de éxito local, un marinero que jugaba en la punta derecha, de apellido Manteiga –por causa de sus pases, dados como si tuviesen manteca. Le hicieron la propuesta de dejar la Marina y de emplearse en el establecimiento comercial de uno de los directores del club. Pero Manteiga era preto:

⁶ Al respecto, ver Seyferth.

cuando se prepara para entrar al campo para su primer juego, otros jugadores del América dejan el vestuario. Enseguida, nueve jugadores del primero y segundo plantel del club renuncian en protesta contra la inclusión de ese nuevo jugador; luego estos disidentes serán integrados al Fluminense. Los dirigentes mantienen a Manteiga a pesar de la crisis, pero él se siente poco estimulado; esa confrontación se manifestaba con mayor fuerza en los espacios sociales del club que en el campo de juego. En una excursión del América a Salvador (donde la densidad de población negra es muy grande, y ciudad natal del jugador), Manteiga se queda allí, abandonando al plantel (Filho, 1964, pp. 54-55).

Se comprende así la reacción suscitada por los grandes clubes ante la entrada exitosa del plantel compuesto por blancos pobres, pretos y mestizos del Vasco da Gama en 1923. Apartado el Vasco de la liga de los clubes en 1924 y 1925, el Fluminense y el Flamengo ganan respectivamente los campeonatos de esos años y el orden parece restablecerse: incluso si el «pequeño» São Cristóvão gana en 1926 y el Vasco, de vuelta a la liga, gana en 1929, los títulos de 1927, 1928, 1930, 1931 y 1932 son para los clubes tradicionales. Pero la crisis del fútbol amateur, que ya se presenta como un «amateurismo marrón», hace crecer la facción de jugadores, periodistas deportivos e incluso de dirigentes que preconizan la adopción del fútbol profesional.

No solo los negros sino también los jugadores blancos que no pertenecían a la elite de los introductores del fútbol en Brasil encontraron pocos estímulos en la vida cotidiana proporcionada por el amateurismo. Es lo que describe el jugador de los años 20 y comienzo de los 30, Floriano Peixoto Correa, en un raro libro escrito por un jugador de fútbol, motivado por la experiencia de esta crisis. Floriano nació en 1903 en el interior del estado de Minas Gerais, hijo de pequeños hacendados locales. Con 13 años entró al colegio militar de Barbacena (Minas Gerais) y terminó destacándose más por el fútbol que por los estudios. Se fue más tarde al colegio militar de Porto Alegre donde continuó jugando fútbol no solo en el equipo del colegio sino también en clubes locales. Llega a Río en 1924 para disputar un campeonato nacional de fútbol militar cuando es llamado para jugar en el Fluminense en la posición estratégica de *center-half*. Este club, entonces acosado por la competencia con los otros, procuraba imitar silenciosamente al Vasco da Gama reclutando jugadores y manteniéndolos a tiempo integral a cuenta del club. Sólo que aquello que el club portugués hacía con los jugadores de las clases populares de los suburbios de Río, el Fluminense lo hacía con jugadores blancos de clase media del interior de Brasil. Floriano terminó siendo incorporado al plantel principal del Fluminense, cuyos dirigentes le proporcionaron alojamiento en el propio club y un nivel de vida compatible con la frecuentación de la sede, lo que significaba elevados gastos de vestuario. Como Floriano era blanco y de «buena familia» del interior de Brasil, era considerado

socialmente lo bastante cercano para frecuentar la sede y las fiestas del club, cosa complicada para un jugador como Manteiga por ejemplo, incluso en un club menos aristocrático. Pero como la nueva liga de fútbol estaba haciendo investigaciones sobre los «falsos amateurs» en empleos de fachada, los directores del Fluminense, después de sacar a Floriano del Ejército, postergaban concretar sus promesas de empleo y mantenían al jugador con préstamos que él no podría pagar. Cansado de los préstamos que debía solicitar periódicamente, comenzó a revender entradas para los partidos decisivos. Conseguía del tesorero del club asientos numerados y se las daba a terceros para la venta, en vísperas del partido, a precios más elevados. Cuando el ímpetu inquisitivo de la liga de fútbol contra los «falsos amateurs» disminuyó, Floriano fue empleado en tareas administrativas en un periódico económico de la ciudad. En 1927, atravesando una mala fase atlética –con baja asistencia a los entrenamientos– ocasionada por la vida bohemia que no era infrecuente entre los jugadores de fútbol, y afectado por problemas en su vida sentimental, Floriano juega mal en la final del campeonato contra el América y es acusado de aceptar sobornos de los adversarios. Esos rumores acaban imposibilitando su permanencia en el Fluminense. Luego de un periodo sin actividad, Floriano recibe la invitación del América, lo que es visto como una prueba de confianza en el jugador y una prueba de inocencia del soborno de que fuera acusado. Juega para aquél en 1928 y 1929, pero cerca de la final entre el América y el Vasco, quieren sobornarlo para que juegue mal contra éste, cosa que Floriano rechaza. El América pierde y los rumores contra Floriano acaban ganando fuerza, haciéndolo salir del club. Finalmente va a San Pablo donde juega para el Santos Futebol Clube ya como profesional en 1932 (cf. Correa). Presumiblemente su situación de blanco pobre integrado a un club aristocrático como el Fluminense, con sus intentos de ganar dinero como cambista de entradas, con su preocupación «profesionalista» con el dinero a ganar o perder con el deporte, lo llevaron a ser un blanco preferencial de las acusaciones de soborno que eran frecuentes en un fútbol amateur altamente valorizado por un público creciente y bastante monetarizado. También en el América es señalado, en la derrota, como sospechoso por supuesta reincidencia. Los dos casos le hicieron publicar en 1933 uno de los pocos libros escritos en Brasil por jugadores, contando su experiencia de la crisis del amateurismo como futbolista blanco de clase media⁷. Posteriormente, en pleno fútbol profesional, las sospechas de soborno recaerán preferentemente sobre los pretos (cf. Filho, 1964, p. 277).

⁷ En el libro hay apoyos por escrito de diversos jugadores, ex-jugadores y periodistas deportivos, como arma a favor del movimiento en pos del profesionalismo, que en ese momento era fuerte. Entre los jugadores está el mestizo Arthur Friedenreich, hijo de padre alemán, socio del Club Germânia, de San Pablo (que introdujo a su hijo en el fútbol de ese club), y de madre brasileña negra, que se convirtió en héroe de la primera victoria brasileña en un partido internacional contra Uruguay, por haber marcado el gol de la victoria, en 1919; es uno de los primeros ídolos del fútbol brasileño.

Jugadores negros, profesionalismo y estilo brasileño

Si la crisis interna del fútbol amateur brasileño se va agravando, se vuelve insoportable por influencia del fútbol que se juega a escala internacional. Con el comienzo de las copas del mundo, el malestar de muchos jugadores que se consideraban «esclavos» de los obstáculos del amateurismo encontró una salida a principios de los años 30 en la demanda de jugadores sudamericanos por parte de los clubes europeos, en especial italianos. Luego de la Primera Copa Mundial ganada por Uruguay, y teniendo a la vista la organización del segundo campeonato en Italia, Mussolini promete al fútbol italiano un estadio para el club que alcance el campeonato nacional. La competencia generó una persecución de jugadores sudamericanos considerados buenos, lo que significa, en el contexto de la Italia de Mussolini, los buenos jugadores de ascendencia italiana en Argentina, Uruguay y Brasil (especialmente en San Pablo). El fútbol más amenazado fue el argentino: la solución encontrada por los clubes de Buenos Aires fue el profesionalismo, seguidos por los de Montevideo⁸. El profesionalismo se aproximaba a San Pablo y Río. Hubo casos de jugadores blancos no *oriundi* que adoptaron un nombre italiano falsificando sus documentos con el acuerdo de los clubes italianos. Frente a la evasión de jugadores, las corrientes favorables al profesionalismo se fortalecieron.

Hay una exportación de jugadores blancos a Europa mientras que los pretos, bloqueados para entrar en el polo importador más importante que es la Italia mussoliniana, y con poco ambiente para permanecer mucho tiempo en países donde los negros son excepción, se vuelven poco exportables⁹. En cuanto a los numerosos jugadores blancos que fueron a

⁸ El fútbol tuvo una difusión temprana en Argentina y Uruguay. Argentina fue uno de los primeros países en conocer este deporte; en 1865 un grupo de ingleses residentes fundó el Buenos Aires Football Club. Uruguay era bicampeón olímpico de fútbol cuando sus autoridades se propusieron hacer la Primera Copa del Mundo en 1930 (que gana ese país). Argentina fue vicecampeón de fútbol en la olimpiada de 1928 en Amsterdam y vicecampeón en el Mundial de 1930. La primera confederación continental fundada, después de la FIFA (en 1904), fue la sudamericana, en 1916 (cf. la entrada «Fútbol» de la *Enciclopedia Mirador*, vol. 10, pp. 5036-5038; Archetti, 1994, p. 235).

⁹ Tal fue el caso del jugador negro Fausto, *center-half* contemporáneo de Floriano, elogiado en el Mundial de 1930 por la crónica internacional. Formado en el Bangú, reclutado para el equipo del Vasco que será campeón en 1929, valorado por su actuación en 1930, Fausto, que quiere vivir del fútbol, sobrevive mal en el falso amateurismo de los grandes clubes brasileños. En una gira del Vasco por España en 1931, recibe una propuesta del Barcelona y se queda. Pero su experiencia con el profesionalismo en el extranjero termina con rupturas de contrato, primero en España y después en Suiza. Con la implantación del profesionalismo en Brasil, vuelve al Vasco en 1933. Lo mismo sucede con un goleador negro del mismo club, Jaguaré. Contratado por el Barcelona junto con Fausto, regresa en 1932, incluso antes del

Italia, terminaron integrándose estimulados por la colonia italiana en San Pablo, que consideraba la vuelta al país en buenas condiciones como un ideal a ser alcanzado por los descendientes de italianos en Brasil.

De este modo, los negros están condenados al éxito «local», a ser los grandes jugadores locales del Brasil. Son por esto identificados como los iniciadores de un fútbol nacional. Para unos y otros jugadores, el fútbol no puede tener el mismo sentido. Existe la diferencia que separa a los «buenos profesionales» capaces de ejercer su talento en el ámbito del fútbol mundial y los jugadores talentosos que, por intentar con el éxito deportivo una emancipación étnica, quedan condenados al reconocimiento únicamente en su patria¹⁰. El profesionalismo en Brasil termina siendo un

profesionalismo, ofreciéndose al antiguo club. Lo mismo Domingos da Guia y Leônidas da Silva, que se destacan luego de una victoria del seleccionado brasileño en 1932 sobre los uruguayos campeones del mundo, en Montevideo: permanecen poco tiempo en el exterior. Domingos es contratado por el Nacional de Montevideo y Leônidas por Peñarol: el primero tiene éxito en Uruguay –y después en Argentina–, el segundo no. Ambos son luego reintegrados al fútbol brasileño profesional en 1934. Encontramos aquí a escala de Brasil una reproducción del mundo cerrado que sus ancestros o sus contemporáneos pudieron conocer o incluso experimentar en las grandes propiedades agrícolas o en los barrios obreros de las grandes fábricas (ver R. Alvim y J.S. Leite Lopes: «Famílias operárias, famílias de operárias», 1990, pp. 7-17; J.S. Leite Lopes: *A tecelagem dos conflitos de classe na cidade das chaminés*, 1988, para un análisis de la situación de aislamiento de los barrios obreros; A. Garcia Jr.: «O sul: caminho do roçado»; *estratégias de reprodução camponesa e transformação social*, cap. 1, para un análisis del mundo cerrado de los ingenios.

¹⁰ Es ilustrativo lo ocurrido con el armador-medio negro Didi a comienzos de los 60 en el Real Madrid de España. Como algunos otros grandes jugadores –Domingos da Guia y Garrincha– que fueron obreros-jugadores de fábricas textiles, uno de los planteles iniciales de Didi fue el juvenil del Industrial, club de fábrica textil de la ciudad de Campos, donde nació y donde se preparaba para ser obrero calificado estudiando en el colegio de aprendices. Como en el caso de Pelé, el amplio entorno familiar tuvo gran importancia en su vida de joven jugador preprofesional. Algo de las prácticas de medicina popular tradicional de la abuela materna, que curaron a Didi de una contusión en la rodilla, que lo amenazaba con el abandono precoz del fútbol, parecen haberse incorporado al estilo y las realizaciones «mágicas» de este jugador, inventor de túneles, pases, gambeteadas y actitudes en el campo (como la recordada caminata con la pelota debajo del brazo desde el arco brasileño hasta el medio del campo después de la ceremonia de apertura de Suecia en la final de la Copa del 58, transmitiendo confianza al plantel). Por su parte, al igual que Domingos, Garrincha trabajó como obrero en una fábrica textil y –como Pelé, que trabajó ocasionalmente en una fábrica en Baurú– en una oficina mecánica de Campos, hasta ser contratado junto con un hermano por el Madureira de Río en 1947. En los años 50 pasa sucesivamente por dos clubes de tradición aristocrática, el Fluminense y el Botafogo, que ceden tardíamente a los imperativos de la contratación de los mejores jugadores negros y mestizos en la competencia entre clubes provocada por el profesionalismo. Luego de la Copa de 1958 –en la que los periodistas internacionales lo designan mejor jugador del Mundial– es contratado por el Real Madrid, donde no consigue adaptarse ni superar el explícito sabotaje de Di Stefano, como tampoco otros menos explícitos. Repite así la historia de Fausto, Domingos y Leônidas, condenados al éxito en su propio país. De regreso en Brasil, es bicampeón mundial en 1962. (Ya como técnico,

medio para emancipar a los negros en el deporte, condición necesaria para la constitución del fútbol como deporte «nacional». Esto no es solo una cuestión de dinero sino de constitución de una relación de identidad entre jugadores y público, unidos por la adhesión a un mismo proyecto de emancipación social a través del deporte (cf. Leite Lopes, 1994 e Leite Lopes & Faguer).

Esta identidad se produce una vez impuesto el profesionalismo. El hecho de que el Flamengo –como ya había hecho el Vasco da Gama desde 1923– contratara jugadores como Fausto, Domingos da Guia y Leônidas da Silva, contribuyó a que el club, hasta entonces con una política amateurista, se hiciera el más popular de la ciudad. Ya a mediados de los años 30 se identificaba al Flamengo como el club brasileño por excelencia en su universalidad mestiza, en oposición al núcleo de dirigentes y seguidores de la colonia portuguesa. Su sede futbolística se mudó también en 1935 de un barrio tradicional hacia otro caracterizado entonces por la cercanía de fábricas, villas obreras y por una favela. La gran popularidad de Domingos y Leônidas, acrecentada con el regreso de la selección que disputó la Copa del Mundo de 1938, pasó al Flamengo. Por su parte el Fluminense, apoyando en 1932 la profesionalización de forma decisiva –para ello encaró una política de separación entre el profesional y la frecuentación de la sede, reservada a los socios– amplió su táctica de reclutamiento de jugadores blancos en San Pablo y el interior del país. Y el Bangú, de forma sintomática, liberó de la fábrica a sus obreros-jugadores y contrató un técnico que había trabajado en los grandes clubes; fue el primer campeón de la ciudad en la era profesional, en 1933.

Así, la década de 1930 quedó marcada por el avance de un proceso de democratización en el interior del fútbol, en lo que se refiere tanto a la definición profesional de los jugadores, técnicos y auxiliares, como a la incorporación de un público amplio, de masas¹¹. En los años 40 el proceso continúa: pese a la salida de Leônidas y Domingos¹², el Flamengo refuerza

Didi tendrá más éxito en el exterior, en países periféricos como México, Perú y Turquía, prefigurando otro modelo de relación de los jugadores y técnicos brasileños con el exterior a partir de finales de los 70 y comienzo de los 80.) Los datos biográficos de Didi están en Pêris Ribeiro: *Didi, o gênio da folha seca*; los de Pelé en Mário Filho: *Viagem em torno de Pelé*, 1963; los de Domingos en Mário Filho: *O Negro...*, ob. cit. y los de Garrincha en Leite Lopes y Maresca, ob. cit.

¹¹ Esto sucedía simultáneamente con un proceso de ciudadanía regulada, de iniciativas del Estado central (que al mismo tiempo se estaba constituyendo) para regular las relaciones de trabajo urbanas, independientemente de las oscilaciones políticas de la década, iniciada con un movimiento de renovación de las elites en un contexto pluralista y finalizando con un régimen autoritario. Cf. Santos y Leite Lopes, 1991.

¹² Leônidas va al São Paulo Futebol Clube en 1942, llevando toda su popularidad a esta ciudad, de población más blanca que Río. Al regreso del Mundial de 1938, con una popularidad mayor que la del Flamengo su contrato, que ya tenía años,

su fama consiguiendo el tricampeonato de Río en 1942-44. La popularidad de ex-jugadores del club (Leônidas e Domingos), se transfiere al conjunto del equipo (con mayoría de mulatos y negros) y a la *camiseta*, consolidando una imagen universalista de la mezcla¹³. Pocos años después el entonces joven –y mulato– Zinho ocupará el lugar dejado por Leônidas. A fines de la década del 40 el gran equipo es el Vasco da Gama, base de la selección para el Mundial de 1950, que proporciona gran popularidad al club, dividiendo las preferencias de las clases populares con el Flamengo.

El regreso de los estereotipos racistas

Pero si existen avances en la democratización del fútbol, los prejuicios raciales ambiguos o disimulados, presentes en la sociedad brasileña, también intervienen en el deporte. Así, la entrada masiva de jóvenes pobres y negros como candidatos a atletas hace que las amenazas que rondan la carrera de los jugadores –falta de disciplina, alcoholismo, soborno– sean atribuidos y resaltados, incluso de forma inconciente, preferentemente en dirección a los negros (cf. Filho, 1964, cap. 5). También se da la división ambigua entre la adopción e idolatría de jugadores negros por la hinchada de un club, y la atribución de estigmas a los atletas negros de otros clubes –manifestación del «racismo cordial» orientado por las relaciones personales que atraviesa a la sociedad brasileña.

Dentro de esa lógica, la derrota brasileña frente a los uruguayos en la final de 1950 desencadenó acusaciones asociadas al color de algunos jugadores de la defensa, elegidos como chivos expiatorios de la tragedia.

continuaría; con el tiempo sus conflictos con la dirección del club motivarán su transferencia pues resultaba más aceptable para la hinchada que cambiara de ciudad. Su debut obtiene un récord de público en el estadio municipal de San Pablo. Domingos pasa en 1943 al Esporte Clube Coríntians, el club más popular de San Pablo, también por razones financieras. A pesar de la rivalidad entre las ciudades –entre el poder político de Río (capital hasta 1960) y el poder económico de San Pablo– que las disputas futbolísticas ayudan a construir y consolidar, el pase de Leônidas y Domingos a San Pablo contribuyen a la «nacionalización» del estilo de fútbol carioca, donde la presencia de técnicas corporales (en el sentido de Mauss) asociadas a la cultura negra pudieron desarrollarse desde el comienzo del siglo (a través de la música y la danza que van posteriormente a revolucionar el carnaval con el samba, y de técnicas de lucha y danza como la *capoeira*).

¹³ La identificación de ese club con el negro y el pobre, iniciada con la consigna lanzada por la hinchada del Fluminense en respuesta al polvo de arroz, el polvo de carbón, referido al trabajo manual pesado y al color negro, continúa incluso hoy con símbolos como la favela (cuando la hinchada adversaria grita, al hacer un gol el Flamengo, refiriéndose a la tristeza de su hinchada: «ela, ela, ela, silencio en la favela») y el urubú (símbolo autoasumido por la hinchada). El fervor y el fanatismo de esa hinchada, asociados a la cultura de las clases populares, su importancia numérica y sus recursos en el estadio, la convirtieron en una institución en permanente cambio, atrayendo a jóvenes de todas las clases sociales.

Esos estigmas raciales y estereotipos obtenían una pretendida fundamentación erudita con teorías sociales evolucionistas y darwinistas desarrolladas por antropólogos y ensayistas de diferentes formaciones profesionales, de larga aceptación entre las elites brasileñas¹⁴. Uno de los resultados de la compatibilización de esas teorías raciales evolucionistas, de formulación internacional –jerarquizando las diferentes «razas» humanas y despreciando la mezcla racial– con la realidad del generalizado mestizaje brasileño, fue la previsión de un progresivo «emblanquecimiento» de la población brasileña a partir de políticas de incentivo a la inmigración europea y de pronósticos sobre la evolución del mestizaje con el aumento del predominio de la «raza» blanca. Para esas teorías, los negros y mestizos brasileños, menos «civilizados», tenían una mayor inestabilidad emocional. Aunque tales teorías admitiesen cualidades y habilidades corporales en los negros y mulatos, asociadas a la música y la danza, en los deportes tales habilidades tendrían como contrapartida su inestabilidad emocional. El resultado de la Copa de 1950 pareció así ilustrativo de este diagnóstico, al que recurrirán algunos dirigentes deportivos: el mejor equipo del certamen, que demostró belleza y habilidad técnica, sucumbió por 2 a 1 en su propio estadio –el mayor del mundo con la mayor hinchada– frente a un equipo técnicamente inferior pero determinado para el resultado.

También la eliminación de Brasil en la Copa de 1954 en Suiza por el plantel húngaro por 4 a 2, partido que terminó en riña, dio pie para que el jefe de la delegación brasileña publicara el relato de la campaña de la selección recurriendo a esas teorías¹⁵.

¹⁴ Ver Seyferth. Ver también Damatta.

¹⁵ «A los jugadores brasileños les faltó lo que falta, en general, al pueblo de Brasil. ... Las causas ... comprenden los fundamentos de la ciencia social en la confrontación del estudio entre razas, medio, clima, alimentación, espíritu, cultura y procesos de vida individual y en comunidad. ... Los males son más profundos [que el tamaño de los travesaños de los arcos, del sistema táctico del juego, etc.] y pasan del estado de la cultura al estado del fútbol. Descienden de la genética misma. Es indiscutible que Hungría tiene mejores predisposiciones, como tantos otros países, pues ha armado con mejores atributos positivos su seleccionado. El estado psicosocial de nuestro pueblo aún está verde y los atletas salidos del pueblo no pueden improvisar condiciones e instrumentos de superación ante aquellas pruebas deportivas que exigen la movilización de mayores recursos y reservas orgánicas. ... Las conclusiones melancólicas quedan al desnudo en la simple confrontación entre la media de cultura de los jugadores brasileños frente a los jugadores que integraban el seleccionado húngaro. En verdad son raros los jugadores brasileños que saben leer y escribir correctamente, o que poseen revelaciones primarias de vida del espíritu. ... El declarado estado de insuficiencia orgánica y funcional no es privativo de los jugadores brasileños; se generaliza en un número mayor de sectores de la población nacional. He aquí porqué Brasil continúa siendo un país que tiene un pueblo pero que no tiene opinión. El pueblo no está esclarecido por la cultura del alma y del espíritu e incluso vive la explosión primaria de los instintos. ... He aquí la causa del descontrol de los nervios o de nuestra impropiedad psíquica en relación a la práctica del fútbol. ... En el

La inversión de los estigmas sociales

La victoria brasileña en Suecia en 1958, empatando el segundo juego con los ingleses y derrotando a austríacos, rusos, galeses, franceses y suecos, vino a desmentir las elaboraciones eruditas y los estereotipos racistas sobre las debilidades del fútbol mestizo brasileño. Y, para desmentir que «solo por azar o frente a razones contingentes podremos ser campeones mundiales de fútbol y conservar entre nosotros la hegemonía de ese deporte» (cf. nota 13), prácticamente el mismo equipo vence de nuevo en la Copa de 1962 en Chile, ganando a mexicanos, españoles, ingleses, chilenos y checos. Se trata del primer equipo mestizo, de negros, blancos y mulatos, en ganar la Copa Mundial, en una época en que el color de los equipos europeos era uniformemente blanco. De hecho, luego de la gran derrota de 1950, sentida como una tragedia nacional, y luego de la experiencia de 1954, el plantel de 1958 contaba con un grupo de dirigentes más experimentados, con el trabajo de equipo de una «comisión técnica» que organizó toda la campaña y, sobre todo, contaba con un grupo de jugadores excepcionales, combinando la experiencia de algunos, como el lateral izquierdo Nilton Santos y el armador medio Didi, con la juventud y el estilo desconcertante de otros como Pelé y Garrincha. Estos tres últimos contribuirán a invertir desventajas y estigmas corporales transformándolos en corporizaciones de la excelencia en fútbol¹⁶.

estado que ofrece el pueblo brasileño, solo por azar o por razones contingentes, podremos ser campeones mundiales de fútbol y conservar entre nosotros la hegemonía de ese deporte. ... En el fútbol brasileño la filigrana vistosa confiere expresión de arte a la prueba, en perjuicio del rendimiento y del resultado. La exhibición compromete la competencia. Fácil será confrontar la fisonomía de un seleccionado brasileño, constituido por mestizos y mulatos en mayor número, con la fisonomía del fútbol argentino, alemán, húngaro o inglés. El fútbol brasileño se extrema en una superficie vistosa de los efectos (exhibición), cuando lo que más importa es la profundidad productiva del resultado (competencia). ... Aún no se disoció el estudio del fútbol brasileño del conocimiento aplicado en la *capoeira*. La *capoeira* demuestra un estado de cultura cuya sobrevivencia se diluye en la vida psicosocial de mestizos y mulatos. El deporte pone a lo vivo revelaciones que interesan a la fijación del retrato de Brasil y es cultivado como riqueza de las masas humanas atadas al suelo social; no se vincula a la aristocracia olímpica, destinada a contrastarse periódicamente». (Lyra Filho, pp. 49-64). Para un análisis interesante y pionero de este texto, ver Guedes.

¹⁶ Didi es el artesano de la astucia y la elegancia, de los pases largos, curvos, así como del cobro de faltas con arcos de *fólha sêca* (tiro elíptico, engañando al arquero). Pelé es el joven prodigio de 17 años, hijo de un ex-futbolista, conciente de las virtudes del ascetismo frente a las trampas de la carrera y heredero de las cualidades de la generación de su padre, o sea de Leônidas. Garrincha ilustra de manera extrema esa inversión de estigmas corporales y sociales en capital físico y deportivo. Nacido y criado en una fábrica textil de Pau Grande, viviendo allí hasta la Copa de 1962, corporiza el habitus del obrero que obtiene mayor placer de las actividades marginales de la *company town* como la caza, la pesca y la actividad de obrero-jugador, esquivando la rutina del trabajo, y transfiere ese placer hedonista al contexto del fútbol profesional.

El Mundial de 1958 sirve como para establecer una comparación con el fútbol argentino; esta Copa marca el retorno de su seleccionado a las competencias mundiales después de un periodo de aislamiento en América del Sur, donde tuvo la hegemonía hasta los años 50. El fútbol argentino tenía una fuerte difusión entre las clases populares desde los años 20; la selección vence a los uruguayos en los torneos sudamericanos de 1921 y de 1927, pero pierde cuando disputa la hegemonía mundial con Uruguay en las olimpiadas de 1928 y en la Copa de 1930. Esto contribuyó a que los seguidores argentinos se hicieran una imagen de su fútbol como generoso, más preocupado por el arte que por la victoria, al contrario de los uruguayos. Esta imagen se reforzó porque Argentina proporcionó una gran cantidad de jugadores a Italia en los años 30, contribuyendo a renovar el estilo del duro fútbol italiano, campeón del mundo de 1934 y 1938, y, más adelante, en los años 50, contribuyó a fortalecer los principales planteles españoles, considerados los mejores europeos, cuyo caso más notorio es el de Di Stéfano con el Real Madrid y con la selección española. Los argentinos conservaban así una autoestima elevada de su fútbol, incluso cuando no tuvo las circunstancias favorables para ganar en los años 20 y 30, y después se mantuvo alejado de las copas del mundo. La vuelta a las copas en 1958 es decepcionante para esa autoimagen debido a la derrota de 6 a 1 contra Checoslovaquia, provocando una frustración nacional comparable a la sufrida por Brasil en 1950¹⁷.

Brasil, que tomaba al fútbol argentino como modelo entre los años 20 y 50, y que no obtiene resultados internacionales importantes antes de los 50, no sufrió la misma transferencia de jugadores hacia el fútbol italiano y español. Los grandes jugadores negros y mulatos de Brasil, como vimos anteriormente, fueron «condenados» a ejercer sus talentos en el país. Ellos pudieron contribuir así a la creación de un estilo nacional. Aunque la difusión del fútbol brasileño haya sido enorme desde los años 30 y grande

Con sus piernas cortas y con su desinterés por todo lo que se refiere al aspecto profesional de su carrera, y por tanto también, por el nerviosismo que caracteriza los partidos decisivos, el mestizo Garrincha, portador de las marcas y estigmas de las clases populares brasileñas, es un caso extremo de transformación de esas desventajas en un estilo inusual y desconcertante, con su gambeta por la punta derecha fatal para las defensas adversarias (cf. Leite Lopes y Maresca).

¹⁷ Aquí me apoyo en los importantes análisis de Archetti (1994a y 1994b) sobre el fútbol argentino. La derrota de 1958 fue parcialmente recuperada por las copas de 1978 y 1986. Pero incluso la de 1978, conseguida por Argentina como local bajo la dictadura militar, no implicó la misma satisfacción que el fútbol-arte de los años 20 a 50; como tampoco la victoria de 1986 cuando sólo Maradona encarnaba las virtudes del fútbol del pasado. En este sentido, tampoco el Mundial de 1994 ganado por Brasil por penales contra Italia tuvo el mismo impacto entre la población que la victoria en 1958, 1962 o 1970, cuando se jugó un fútbol compatible con el estilo brasileño consolidado en 1958.

la preocupación del público ante la exhibición, el estilo, el fútbol-arte, existía sin embargo una fuerte creencia en la inferioridad local frente al fútbol europeo –en particular el inglés– y al argentino. Los jugadores negros y mestizos se apropiaban de una cierta democratización funcional (en el sentido dado por Elías y Dunning) de la sociedad brasileña a través del fútbol, construyendo silenciosamente una liberación «étnica» y social por medio de éste, configurándole un estilo a través de técnicas corporales y hábitos que eran por consiguiente inconcientes. La victoria de 1958 fue así una sorpresa para el país. Solo la consagración internacional en Suecia pudo reforzar la autoevaluación positiva del fútbol brasileño e invertir la inferiorización.

Jugadores, técnicos, periodistas y escritores

Las victorias de 1958, 1962 y 1970 contribuirían a aumentar aún más la ya enorme popularidad del fútbol en Brasil. Sin duda esa integración policlasista se debe no solo a la entrada masiva de jugadores y de un público de clases populares sino también a la incorporación de mediadores estratégicos de las clases medias y de la elite, que contribuirían –algunos de forma no intencional, otros de forma militante– a la universalización del interés nacional por este deporte.

Los técnicos de las selecciones brasileñas en las copas entre 1950 y 1966 fueron todos jugadores de fútbol amateur y alumnos de buenos o razonables colegios secundarios; todos –a excepción de Ademar Pimenta, técnico del gran seleccionado de 1938– pasaron por escuelas superiores de educación física, incluso antes de que fuera condición para entrenar en los clubes de primera división. Así, tanto Flávio Costa, técnico de la famosa selección de 1950, nacido en 1906, como Zezé Moreira, nacido en 1908, técnico de la selección de 1954, como su hermano Aimoré, nacido en 1912 y técnico de las selecciones de 1962 y 1966, fueron diplomados en los años 40 por la Escuela de Educación Física de la Universidad del Brasil, que había heredado el instituto del Ejército. También Vicente Feola, nacido en 1909, técnico de la selección campeona de 1958, tenía una trayectoria semejante a los otros, aunque en San Pablo, habiéndose graduado en los años 40. La trayectoria de técnicos como Flávio Costa, Zezé y Aimoré Moreira, Vicente Feola y otros, nos muestra cómo la profesionalización abrió no solo perspectivas de trabajo a los jugadores originarios de las clases populares¹⁸, sino también un mercado para técnicos entre aquellos ex-futbolistas de origen más elevado, con escolarización completa y capacidad para encarar una especialización terciaria.

Saldanha puede ser incluido entre los periodistas e intelectuales de alto

¹⁸ Para un esbozo de los problemas de la fragilidad de las carreras profesionales de los jugadores de fútbol, ver Leite Lopes, 1997.

capital social y cultural que militaron por el fútbol creativo de los jugadores de origen popular como lo fueron anteriormente periodistas –por ejemplo Mário Filho y Ary Barroso–, y escritores-periodistas como José Lins do Rêgo y Nelson Rodrigues.

Saldanha, nacido en 1917, fue amateur de la primera división de fútbol de Río y futbolista de playa; tuvo acceso al fútbol espontáneo y popular jugado en esas canchas, donde había una comunicación entre jugadores de las clases populares y las medias. Pasó por colegios de elite como el Pedro II, y por la facultad de derecho, se hizo militante de izquierda, no concluyó sus estudios superiores y su vida estuvo marcada por periodos de clandestinidad y viajes al exterior. Pese a provenir de una familia de elite del sur, mantenía relaciones amateurs de apoyo técnico con los directores del club Botafogo, que dejaban de ser los últimos defensores del amateurismo, en los 30 y 40, y cambiaban al profesionalismo. Saldanha obtuvo su puesto como técnico sustituto, fue campeón en 1957 cuando el Botafogo contó con jugadores como Garrincha, Didi y Nilton Santos, y se asoció a la fase creativa que llevó a la victoria en la Copa de 1958. Después se estableció como comentarista deportivo en la prensa escrita y hablada, donde era más libre para ejercer su militancia a favor del talento de los jugadores brasileños y sus críticas a dirigentes y técnicos de clubes. En las eliminatorias para la Copa del 70 en México, fue llamado para dirigir el equipo nacional en el periodo de descrédito de los técnicos disponibles que siguió a la derrota en la Copa de 1966, a pesar de la paradoja de que era un comunista histórico declarado (desde su periodo de estudiante de derecho en 1935), en el contexto de un régimen militar en vías de endurecimiento represivo. En este ambiente desfavorable, al que se agregaban las intrigas propias del mundo del fútbol, fue sustituido antes del viaje a México, aunque ya hubiese armado el equipo. Después de esta experiencia volvió a ser comentarista deportivo hasta el final de su vida (ver Máximo). Mário Filho reinventó el periodismo deportivo en los años 30 y 40 cuando promovió el género periodístico en las condiciones políticas desfavorables en que se encontraba como heredero de un diario perseguido por las fuerzas políticas dominantes después de la revolución de 1930. Destinado a ser un influyente periodista político, percibió que a través de lo que pasaba con el fútbol, podía acceder a fenómenos que involucraban la construcción de la nacionalidad tanto o más que las cuestiones directamente políticas. Siendo el principal periodista defensor del profesionalismo, explicitaba lo que estaba en juego: permitir la entrada de los negros en un deporte practicado por la elite (cf. Leite Lopes, 1994 y Leite Lopes y Faguer). Por el descubrimiento y la valorización de esta fuente de autenticidad nacionalista, relacionada a algo tan profundo e inconciente como las técnicas corporales puestas de relieve por los folcloristas en lo que se refiere a las danzas populares brasileñas, pero al mismo tiempo aplicadas a algo tan moderno e internacional como el deporte, Mário Filho se consolidó como consejero deportivo próximo al

poder central y, en particular, de Getúlio Vargas durante los años 40 y cuando es presidente electo entre 1950 y 1954. Ary Barroso, provinciano interesado en el fútbol y la música popular y estudiante de derecho en Río de Janeiro, se sentía incómodo en la esfera mundana del club aristocrático al que estaba afiliado, el Fluminense, cambiándose al Flamengo, que se afirmaba en los años 30 como gran club popular. Periodista radial de éxito como promotor de música popular –era también compositor de sambas–, dejó la transmisión de fútbol al explicitar su inclinación hacia el Flamengo, pese a situarse –en tanto liberal de derecha– en el espectro político opuesto al de Mário Filho y Getúlio Vargas del segundo mandato. También el novelista regional nordestino José Lins do Rêgo, que había introducido en *Água-mãe* (1941), una de sus últimas novelas, un personaje central jugador de fútbol, se caracteriza por la inclinación clara y militante por el Flamengo entre 1945 y 1953, cuando tiene una columna de crónicas en el diario deportivo de Mário Filho. E incluso el dramaturgo Nelson Rodrigues, hermano de Mário Filho, acompaña, prescribe y predice, con gran agudeza en sus crónicas de fútbol entre 1956 y 1958, la inversión de la autodesvalorización del fútbol brasileño –que pasa por una autodesvalorización del pueblo brasileño principalmente por parte de su elite, con argumentos de sustancialismo racial– en la valorización de un estilo nacional propio vinculado a las técnicas corporales de los jugadores oriundos de las clases populares.

Esa energía de emancipación social inconciente, porque pasaba por el cuerpo y por conflictos sociales velados y no explícitos de inclusión y exclusión en dominios de poder, termina englobando un público bastante amplio, interclasista, y donde participan las propias elites, desde las victorias en competencias internacionales inauguradas en 1958. En esto influyen no solo la gran afluencia de jugadores de las clases populares sino también la entrada de otros sectores sociales de capital social y cultural más elevado, que le dan al fútbol un interés más universal entre la población. Por otro lado, es interesante acompañar las tensiones entre los disciplinadores del deporte, privilegiando su vínculo con las transformaciones tácticas traídas de Europa, y los militantes de la actualización táctica que permiten el desarrollo de las características de un estilo estético y competitivo que resalte técnicas corporales de las clases populares inventadas en relación con este deporte y que se asocian a la propia identidad nacional. Tensiones tanto más interesantes de seguir cuanto que el fútbol, como otras modalidades deportivas, es cada vez más usado como técnica educativa para niños y jóvenes en situación de pobreza y falta de perspectiva de inserción en empleos de la tradicional sociedad asalariada, que está en retracción. Habiendo logrado una popularidad muy grande en el país como símbolo mismo de nacionalidad, el fútbol retorna así a una de las virtualidades presentes en sus orígenes, en el periodo anterior a su difusión, que es el de técnica pedagógica y disciplinaria de integración y pacificación de jóvenes. Reinventado por las

clases populares, el fútbol brasileño, que se hizo notar de forma paralela a la tentativa de integración de aquellas clases en el mundo del trabajo, sirve ahora de modelo de tentativa desesperada de disciplinamiento y motivación para jóvenes sin perspectivas de trabajo regular en el mundo económico tal como se concebía en los años 90. Originarios mayoritariamente de las clases populares, el público y los practicantes del fútbol pueden incluso interesarse por una actividad que une las diferentes clases en un lenguaje común, e intentar interesar a jóvenes sin futuro incluso si las condiciones de vida de las clases populares se agravan por la persistencia de la insensibilidad social de la mayoría de la elite política y económica del país, que junta la vieja dominación tradicional de la casa-grande al excluyente neoliberalismo moderno. Por el lenguaje del cuerpo y por la invención de un estilo original de un deporte casi universal, esas clases populares brasileñas pudieran contribuir silenciosamente a su elevación social relativa y al mismo tiempo fortalecer un dominio importante de identidad nacional, invirtiendo, en ese dominio, los estereotipos racistas y de etnocentrismo de clase de las elites internalizados en el conjunto de la sociedad.

Referencias

- Alvim, Rosilene: *Constituição da Família e Trabalho Industrial?*, Tesis de Doctorado, Museo Nacional, Río de Janeiro, 1985.
- Alvim, Rosilene y J. Sérgio Leite Lopes: «Familles Ouvrières, Familles d'Ouvrières» en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* N° 84, 9/1990, pp. 78-84.
- Archetti, Eduardo: «Argentina and the World Cup: In Search of National Identity» en J. Sugden y A. Tomlison (eds.): *Host and Champions; Soccer Cultures, National Identities and the USA World Cup*, Arena, Aldershot, Hampshire, 1994a, pp. 37-63.
- Archetti, Eduardo: «Masculinity and Football: The Formation of National Identity in Argentina» en Richard Giulianotti y John Williams (eds.): *Game Without Frontiers. Football, Identity and Modernity*, Arena, Aldershot, Hampshire, 1994b, pp. 225-243.
- Bourdieu, Pierre: «Comment Peut-On etre Sportif?» en *Questions de Sociologie*, Minuit, París, 1980.
- Caldas, Waldenyr: *O Pontapé Inicial. Memória do Futebol Brasileiro (1894-1933)*, Ibrasa, San Pablo, 1990.
- Correa, Floriano Peixoto: *Grandezas e Misérias do nosso Futebol*, Fores & Mano, Río de Janeiro, 1933.
- Damatta, Roberto: *Relativizando; uma Introdução à Antropologia Social*, Vozes, Petrópolis, 1981.
- Dunning, Eric: «La Dynamique du Sport Moderne» en N. Elias y E. Dunning: *Sport et Civilisation. La Violence Maîtrisée*, Fayard, París, 1994.
- Elias, Norbert y Eric Dunning (eds.): *Sport et Civilisation. La Violence Maîtrisée*, Fayard, París, 1994 (edición francesa de *Quest for Excitement. Sport and Leisure in the Civilizing Process*).
- Filho, Mário: *O Negro no Futebol Brasileiro, Civilização Brasileira*, Río de Janeiro, 1964 (prefacio de Gilberto Freyre).
- Filho, Mário: *Viagem em torno de Pelé*, edición del autor, Río de Janeiro, 1963.
- García Jr., Afrânio: *Libres et Assujettis*, Maison des Sciences de l'Homme, París, 1989.
- Guedes, Simone: «O 'povo brasileiro' no campo de futebol» en *À Margem*, Río de Janeiro, 1993.

- Leite Lopes, J. Sérgio: «A vitória do futebol que incorporou a pelada; a invenção do jornalismo esportivo e a entrada dos negros no futebol brasileiro» en *Revista USP* N° 22, 6-8/1994, pp. 64-83.
- Leite Lopes, J. S. «Esporte, emoção e conflito social» en *Mana. Estudos em Antropologia Social* N° 1, 10/1995.
- Leite Lopes, J. S. «Lectures savantes d'un syndicalisme paradoxal; la formation de la classe ouvrière brésilienne et le syndicat 'officiel'» en *Genèses* N° 3, 1991, pp. 73-96.
- Leite Lopes, J. S. *A tecelagem dos conflitos de classe na cidade das chaminés*, Marco Zero/Univ. de Brasília, San Pablo/Brasília, 1988.
- Leite Lopes, J. S. *O 'vapor do diabo': o trabalho dos operários do açúcar*, Paz e Terra, Río de Janeiro, 1976.
- Leite Lopes, J. S. «Successes and contradictions in 'multiracial' Brazilian football» en G. Armstrong y R. Giulianotti (eds.): *Entering the field; new perspectives on world football*, Berg, Oxford, 1997.
- Leite Lopes, J. S. y Sylvain Maresca: «La disparition de la joie du peuple; notes sur la mort d'un joueur de football» en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* N° 79, pp. 27-35.
- Leite Lopes, J. S. y Jean Pierre Faguer: «L'invention du style brésilien; sport, journalisme et politique au Brésil» en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* N° 103, 6/1994, pp. 27-35.
- Lyra Filho, João: *Taça do Mundo, 1954*, Irmãos Pongetti, Río de Janeiro, 1954.
- Mason, Tony: *Passion of the people? Football in South America*, Verso, Londres, 1995.
- Mason, Tony: «Football» en T. Mason (ed.): *Sport in Britain; a Social History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.
- Matteucci, Henrique: *Memórias de Mário Américo; o massagista dos reis*, Cia. Editora Nacional, San Pablo, 1986.
- Mauss, Marcel: «Les techniques du corps» en *Sociologie et Anthropologie*, Presses Universitaires de France, París, 1968.
- Máximo, João: *João Saldanha*, Relume Dumará, Río de Janeiro, 1996.
- Oliveira, Márcio de: «Bangú: de fábrica-fazenda e cidade-fábrica a mais uma fábrica na cidade», disertación de Maestría, UFRJ, 1991.
- Pedrosa, Milton (org.): *Na Bôca do Túnel*, Livraria Editora Gol, Río de Janeiro (presentación de João Saldanha y declaraciones de varios técnicos), 1968.
- Ribeiro, Pérís: *Didi, o gênio da folha seca*, Imago, Río de Janeiro, 1994.
- Rodrigues, Nelson y Mário Filho: *Fla-Flu; e as multidões despertaram*, Editora Europa, Río de Janeiro (organizado por Oscar Maron Filho y Renato Ferreira), 1987.
- Rosenfeld, Anatol: *Negro, Macumba e Futebol*, [1956], Perspectiva, San Pablo, 1993.
- Santos, Wanderley Guilherme: *Cidadania e Justiça*, Campus, Río de Janeiro, 1979.
- Seyferth, Giralda: «As Ciências Sociais no Brasil e a questão racial» en *Cativeiro e Liberdade*, UERJ, Río de Janeiro, 1989.
- Seyferth, Giralda: «Os paradoxos da miscigenação: observações sobre o tema imigração e raça no Brasil» en *Estudos Afro-Asiáticos* N° 20, 6/1991, pp. 165-186.
- Seyferth, Giralda: «A invenção da raça e o poder discricionário dos estereótipos» en *Anuário Antropológico* N° 93, Ed. Tempo Brasileiro, Río de Janeiro, 1995, pp. 175-204.
- Wahl, Alfred: *La balle au pied; histoire du football*, Découvertes Gallimard, París, 1990.
- Walvin, James: *The People's Game; A Social History of British Football*, Allen Lane, Londres, 1975.
- Zizinho: *Zizinho, o mestre Ziza*, Editora do Maracana, Secretaría de Estado de Deporte y Recreación, Río de Janeiro, 1985.



Las ilustraciones acompañaron al presente artículo en la edición impresa de la revista